





UNA RETRATISTA EN LA  
CORTE DE ENRIQUE VIII



Alicia Flores

UNA RETRATISTA EN LA  
CORTE DE ENRIQUE VIII



Primera edición: octubre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alicia Flores

ISBN: 978-84-19439-76-5

ISBN digital: 978-84-19439-77-2

Depósito legal: M-24719-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para mis cuatro hijos: Antonio, Miguel, Jorgito y Alicia  
por hacerme inmortal.*

*Para Haydeé Bonilla, Maribel Vázquez, Malle Juárez,  
Natividad Rivera y Tere Meneses por restaurarme.*

*Para José Antonio Pérez Vian por ser y estar.*





En una ex hacienda cafetalera en el estado de Chiapas —hoy, un lujoso hotel—, entre Comitán y los Lagos de Montebello, existe una pequeña muestra de arte antiguo donde se encuentra un nicho votivo, que fue donado por el taller de artesanías de doña Leonora del Cordero y Olivares, «una mujer que vino de España en 1552».



Primero, inspeccionamos el plano,  
Después, trazamos el modelo,  
posteriormente, debemos evaluar  
el costo de la edificación.

Y, si descubrimos que va  
más allá de nuestra capacidad,  
no tendremos más alternativa  
que diseñar un nuevo modelo...

William Shakespeare  
*Enrique IV. Parte 2. Acto I, escena III*



## PRIMERA PARTE



# I

## LA NUEVA MODELO

La nueva modelo posa completamente inmóvil y el silencio en el almiar es casi palpable. Diez alumnos pintando dividen su atención entre ella y sus respectivos lienzos. Tienen prohibido hablar para no interrumpir su concentración: hay que aprovechar las pocas horas con luz de sol meridiano en Londres. Además, el tiempo de modelaje es muy caro; gran parte de la cuota mensual que se cobra se distribuye entre las modelos, y el resto se usa en comprar pinturas y lienzos, todos ellos importados. Afortunadamente, no sufren carencias: a su patrocinador, hace un año, lo nombraron retratista oficial de la corte, por lo que no están sometidos al racionamiento, pues en la isla de Albión, como en toda Europa, la venta de estos materiales está reglamentada por los gremios de pintores.

Los alumnos pagan una elevada mensualidad: los diez chelines que el maestro le cobra a cada uno representan un alto estipendio para la época, que solo pueden permitirse personas adineradas. Hay dos o tres jóvenes de buena familia cuyos padres aspiran a que sus vástagos se dediquen a un oficio tan rentable y apreciado como el de retratista. Por más disciplina que se imponga, es imposible evitar que algunos discípulos miren a la bella modelo con un interés que no sea puramente profesional.

Por lo general, para los desnudos totales se recurre a mozas de taberna, aunque a veces hay jóvenes a quienes la pobreza induce

a posar para alegorías mitológicas con vestimentas muy ligeras y el rostro velado para evitar que se las reconozca en la calle. Sus servicios son muy cotizados. Una de ellas ocupa la palestra este día.

Míster Albert Shepherd, encargado del taller y primer oficial del maestro Hans Holbein, se pregunta si aquella faz oculta concuerda con el cuerpo, al que su ojo experto encuentra demasiado pubescente; no da aún para una madona maternal porque el proceso de feminización es incompleto. No hay en ella deformidades ni lunares numerosos que maculen aquellos miembros juveniles y suaves; los pechos poco pronunciados, el vientre liso, las caderas breves hacen el conjunto armonioso. ¿Será acaso alguna granjera emigrada a esta ciudad con el rostro estigmatizado por cicatrices de viruela? Su inusual color *subflavo* habla de orígenes extranjeros..., aunque no concuerda con la idea de una rubia valquiria; después de años y varios hijos, podría ser una opulenta odalisca. Por ahora solo corresponde cabalmente a una imagen de Artemisa virginal, una joven Dánae, una tierna Europa. Así, el primer oficial revisa los temas que puede plantear a los estudiantes.

¿Será su verdadero nombre Johanna de Yorkshire? Hasta hace poco que los britanos son designados con nombre y apellido completos, pero el pueblo llano sigue usando solo su nombre de pila con su provincia natal.

Ludovico Ajaccio, el ayudante, dijo que ella llegó a solicitar el puesto con el rostro oculto tras un sombrero de ala ancha cubierto por un tul negro. En esos casos, y por convenir a ambas partes, no se hacen más averiguaciones. También es cierto que Ajaccio tiene bien cumplidos los sesenta y que su vista ya no es aguda como lo era antes. Shepherd, a sus cuarenta y dos años, empieza a observar una ligera merma en sus facultades, pero le vale de mucho haber sido condiscípulo del maestro Holbein en su época de estudiante, pues, desde su segunda estancia en Londres —de ello hace ya cinco años—, lo emplea como oficial en su próspero atelier, donde abunda el trabajo y la paga es buena. Aunque no posee la creatividad necesaria para convertirse en retratista, el



inglés y el germano están unidos por sólidos lazos —respetando las distancias obvias entre un renombrado artista y su ayudante—, y esta asociación ha echado los cimientos de un patrimonio decoroso para Albert. Con una cantidad modesta, había comprado una pequeña granja en los alrededores de Londres cuando, como regalo del cielo, llegó su sobrina.

Nadie se sintió más sorprendido que él cuando, en 1532, el maestro solicitó sus servicios, ¡qué honor! Albert le guarda una gran admiración por su genio artístico; además, existe un genuino afecto entre dos hombres que han compartido experiencias difíciles y la misma pasión por la pintura. El germano reconoce el magnífico sentido del color, la experiencia y, sobre todo, el carácter de su colaborador: mezcla inusual de honradez, sensibilidad y firmeza. Entre otras responsabilidades, es el encargado del taller y debe seleccionar a los mejores aprendices para encontrar un candidato a ayudante personal, indispensable para que Hans Holbein pueda aligerar sus prolongadas jornadas. En esta escuela, los jóvenes aprenden la parte técnica del dibujo de imitación, a trazar contornos, a moler y mezclar pigmentos, aplicar argamasa y pintura en la técnica al fresco, y se inician en los misterios del óleo. De ahí, se seleccionarán a los tres mejores como reserva para fondistas, pintores de cuerpo y detallistas que, con energía juvenil, ayudarán con los numerosos pedidos que atrae el prestigio del maestro, y tal vez, solo tal vez, surgirá uno para pintar un rostro, «el espejo del alma».

En este momento, Albert califica a la modelo como verdadera profesional: transcurre una hora y ella sigue inmóvil, recortada sobre un telón verde *ad hoc* para esa *Diana de cacería*; el brazo extendido hacia atrás sobre el carcaj y las piernas remedando una caminata con todo el cuerpo en tensión, apenas cubierto por una túnica corta y ligera, donde un virginal pecho se asoma púdicamente y los muslos trigueños atrapan toda la luz reinante. Remata la alegoría el pelo entretejido en un alto peinado que apila su oscuro cabello en una torre griega clásica. ¡Dios la conserve en

el taller y la aleje de la prostitución! Sin duda, podría ganar más dinero sin estar tantas horas de pie, pero al cabo de cinco años, cuando muchas pretenden volver a posar —una vez estropeada la mercancía—, no sirven ni para eso ni para lo otro.

Fue una buena idea utilizar ese local. De una granja cercana, se obtienen huevos, cuya yema es la sustancia emulsificante que se mezcla en los diversos pigmentos. Un bosquecillo aledaño suministra madera para los retablos; además, el piso —alfombrado con paja— es fácil de renovar al terminar la clase. Se improvisa un toldo similar a las tiendas de campaña en las batallas, pues Londres no tiene tantos días soleados ni tanta claridad ni, sobre todo, aquel dorado mágico del ambiente al atardecer como en Toscana o Provenza, pero la lluvia nunca ha sido un impedimento formal para crear. Revisa los bosquejos de los alumnos y, haciendo una observación aquí, una reconversión allá, los tiene pendientes de su trabajo.

¡Estos muchachos están muy lejos de la esencia del arte! Creen que algún día un buen cuadro surgirá mágicamente; no saben que pasarán muchos años y tal vez ninguno lo logre. Albert se conformaría con un copista talentoso y disciplinado al que pudieran enseñarle los trucos del oficio para obtener destreza manual. Pero ahora, en este heterodoxo almiar sin techo, por el que penetra una ubicua luz, la única disciplinada es la misteriosa modelo.

Repentinamente, algo saca al oficial de sus pensamientos: Ajaccio llega a comunicarle muy contento que el mismísimo maestro Hans Holbein visita el taller. Dado lo esporádico de dichas visitas, esta es una ocasión privilegiada.

Decide no interrumpir la clase para que el maestro pueda apreciar los trabajos. La idea que origina esta escuela surge del deseo de Holbein de trascender en su propio estilo, quiere heredar a alguien su técnica: mezcla de pintura al óleo que maneja la escuela veneciana y el secreto del claroscuro de la flamenca. Causa desaliento en ambos que, hasta hoy, no haya surgido ningún alumno capaz de sucederlo; ¿por qué hay tantos en Italia?

Hace poco ha recibido el encargo supremo del reino: pintar un retrato de Su Majestad. Fiel a su escuela verista, no omite defecto alguno de Enrique VIII, cuyo cuerpo desborda el cuadro.

Lo mira venir bajo esa brillante luz del mediodía y observa que, en la cima de su genio artístico, también la edad le está llegando. Su rostro sigue intimidando: su intenso ceño está surcado de arrugas prematuras, producto de escrutar el rostro en sus modelos; sus ojos castaños ya no tienen la limpidez de antaño en Florencia. Anda por los cuarenta y su figura corpulenta —fruto de la buena mesa— se prolonga en sus manos gruesas como morcillas, ¡parece increíble que puedan extraer con un pincel esas delicadísimas líneas!; la piel en una marta, el plumaje de un halcón o las manos de Erasmo transcribiendo el Evangelio. Holbein encarna la imagen del artista rico y respetado que todos desean para sí; sin embargo, nadie cree que un hombre tan cercano al rey sea sencillo en la intimidad.

Entra en el almiar y su poderosa personalidad preside de inmediato el entorno. Va ataviado con costosos ropajes, correspondientes a su rango, y acompañado por dos servidores personales: uno lleva una sombrilla y el otro, un lienzo enrollado bajo el brazo. Como no es expresivo, sorprende con un abrazo a Albert para después pasearse entre los circunstantes y comunicarles en su inglés de fuerte acento teutónico:

—Hoy, 30 de mayo del año 1536 del advenimiento del Señor, los pobladores de este reino debemos regocijarnos, pues el rey Enrique VIII contrajo legítimo matrimonio con la noble Juana Seymour, ¡que Dios les dé muchos herederos varones!

De reojo, Albert nota que la modelo, indudablemente impresionada al entrar el maestro, rompe su inmovilidad y se recompone nerviosa el velo que está sujeto con una peineta en la cúspide de su elaborado peinado. Él le indica, con una señal, que permanezca inmóvil.

El maestro continúa:

—Se han decretado siete días de asueto para celebrarlo. He venido a comunicárselo y a conocer al autor de este cuadro, que

me alienta mucho; es la prueba de que en el taller hay un gran prospecto de pintor.

El servidor despliega el cuadro en un atril del centro. Aunque el tema *Venus naciendo de la espuma* es muy socorrido, esta diosa,, en lugar de *boticellesca* —etérea y rubia—, es una morena que mira frontalmente y en cuya negra cabellera hay una diadema con estrellas y caracolas de mar. En el sitio de la rúbrica se lee: DUKE.

—Hay algunos detalles técnicos que quiero comentar con el autor, pero me gusta el concepto de que la imagen mire al espectador y que su color sea tan fresco.

Los estudiantes se miran desconcertados sin que ninguno se atreva a declararse el autor de la obra. Mientras tanto, el rostro de Albert, que contempla el cuadro, se pone rojo y, volviéndose a Holbein, dice con voz inusualmente contenida:

—Parece que no vino hoy, maestro, pero ya me encargaré de buscarlo.

—Dile pues a Duke que lo espero en mi atelier para que hablemos. Y me voy, estimado Albert, no quiero demorar mis parabienes al rey.

En cuanto Holbein se va, el primer oficial dice a la clase:

—Es todo por hoy, vayan a sus casas a compartir la buena nueva, yo me encargaré de recoger los lienzos para que se califiquen —y volviéndose a la modelo, le ordena—: Tú, espera aquí, te pagaré de una vez tu estipendio.

Se oyen unos murmullos, pero, debido al saludable respeto hacia míster Shepherd Buckley, todos obedecen. También hace salir a Ajaccio y cierra la puerta del almiar con furia, encarando a la modelo, que tiembla cuando le tiende su capa de paño gris.

—¡Cúbretel!

Con el trasfondo de salvas de cañonazos, se escucha una voz temblorosa que responde:

—Sí, tío Albert.

## II

### PECADORA DESCUBIERTA

La joven se pone la capa sin quitarse el velo y, aunque mantiene una mano sobre el pecho como queriendo calmar su desbocado corazón, dice con voz firme:

—Usted tiene la culpa, tío, ¡no me dejó otra alternativa al negarse a que entrara en la escuela!

—¿Es que te has vuelto loca, Eleanor? Te proporcioné una buena educación, ahorro para darte una dote generosa y todo para que hagas un buen matrimonio. ¿Tú sabes que pueden despedirme cuando se enteren de que mi sobrina posa desnuda como prostituta? ¡Cómo te atreves a exhibirte así!

—Pero, tío, ¡si él mismo dijo que el único lienzo que le gustó es la *Venus*! Debe ser bueno si vino a buscar al autor...

—Precisamente —dijo Albert—, tu amante es tan cobarde que no se atrevió a hablar por temor a delatarse. Dale gracias al cielo que estaba el maestro; si no, te hubiera golpeado delante de todos hasta que dijeras su nombre. ¡Ahora lo haré si no me dices quién es!

—Tío, veo que no ha entendido, usted puede pegarme porque es como mi padre, pero...

—No me desvíes la conversación, ingrata. ¡Quién fuera el rey Enrique, que decapita a los traidores! Con razón, cuando he llevado a casa pretendientes honestos, te portas de manera muy contraria a lo que debe hacer una mujer para agradar a un futuro marido, ¿por

qué no tuviste confianza para decirme que tenías relaciones con un alumno? ¡Yo haré que se case contigo!

Míster Shepherd camina enfurecido de un lado a otro mientras reflexiona si el seductor merecerá a su bella y culta sobrina, ¡cuando menos se ve que tiene talento!, tal vez no le sea difícil colocarlo en el equipo del maestro.

—Es que estoy tratando de decirle, desde el principio, que ese cuadro lo pinté yo.

¡Pas! El golpe cimbra a la joven, le deshace el olímpico peinado y deja caer el velo que cubre su rostro.

Así descubierto, el rostro de la modelo corresponde al del cuadro. En esos tiempos y en esa isla no será llamado arrebatador, mas es interesante ver en él un encuentro entre el Mediterráneo y el Mar del Norte: su color oscila entre trigueño y oliváceo, con una amplia frente abovedada, enmarcada por la línea del pelo castaño oscuro muy rizado. Llamen la atención sus arcos superciliares subrayados por tupidas cejas, que, al confluir, descienden en línea horizontal hacia una nariz tal vez prominente para una mujer. La mandíbula es amplia y levemente sombreada por un vello que se arremolina hacia orejas y nuca, mas sus ojos avellanados guarnecidos de gruesas pestañas, los altos y redondeados pómulos, los labios carnosos y la barbilla noble suavizan esa adustez.

A la clara luz del almiar, resalta la impresión de «extranjera» y los ojos desorbitados y su piel lívida por la incredulidad lo reafirman. Ella se frota la mejilla, que exhibe la roja huella del golpe. «Ciertamente —piensa Albert—, no serviría de modelo para una madona de Rafael».

Y al percatarse de que, unos momentos antes, evaluaba su cuerpo, la magnitud de lo ocurrido lo derrumba.

—Mujer impúdica, ¿cómo puedes mostrarte así profanando el recuerdo de tu madre?

Se le quiebra la voz en un sollozo y, ante la consternación de Eleanor, él cubre su rostro con una mano mientras en la otra aferra aquella peineta de carey que le ha arrancado violentamente. Tarda

unos segundos en rehacerse y su mirada la envuelve con fiereza. Ella cierra su capa sobre su pecho y encoge el cuerpo, pero él solamente dice:

—Ya tienes dieciocho años y no has querido prometerte en matrimonio, entregaré tu dote al priorato de Dartford para que te acepten en vida conventual, y que Dios tenga misericordia de nosotros.

Ahora es ella quien solloza: aquello equivale a ser enterrada viva.





### III

## UNA PLÁTICA EN EL HUERTO

Dartford es una pequeña abadía de monjas dominicas situada estratégicamente sobre la ruta principal hacia la costa de Kent. Sus altos muros resguardan una hermosa capilla, un dispensario y un pequeño convento, separados por áreas precisas que se utilizan para la crianza de aves de corral, jardín y huerto. La madre superiora, sor Thérèse de la Croix, dialoga con míster Albert Shepherd, tío de Eleanor. Desde hace tiempo, los conoce a ambos, son devotos de la capilla; además, recuerda al primero como benefactor de la abadía y adjunto del pintor oficial de la corte, pero su solicitud de que su sobrina pase a formar parte de la comunidad religiosa es inesperada.

Difíciles tiempos son estos. La superiora acostumbra una caminata matutina por todas las áreas para alentar con su presencia a las hermanas, que desempeñan duras faenas. Cuando llega Albert, abandona su despacho privado y lo conduce por los senderos del priorato mientras expone con voz dulce, pautada por el acento francés, sus ideas.

—Señor Shepherd, desde hace diez años, cuando usted llegó a esta comarca, lo veo en misa todos los domingos con su sobrina, y tanto al padre Michael como a mí nos congratula la generosidad de sus donaciones, pero nunca imaginamos que Eleanor tuviera vocación religiosa.

—En efecto, ella no se siente inclinada hacia la vida religiosa, pero para mí es la única opción posible para su salvación.

—¿Qué trata de salvar, *monsieur* Albert? ¿El alma o el cuerpo de su sobrina?

El robusto y ceñudo oficial no contesta. Ante su silencio, la madre continúa:

—¿Usted sabe que nosotras dependíamos directamente de Roma y el papa?

—Algo sabía, sí.

—Después de que se decretó la Ley de Sumisión del Clero, en mayo de 1532, se han disuelto tantas parroquias que solo aguardamos que nos llegue el turno. Sobrevivimos gracias a que somos un pequeño priorato y nuestras tierras de labranza y capilla son demasiado modestas para pasar a formar parte de alguna propiedad real; pero, oficialmente, no existimos y ya no podemos aceptar novicias.

—Madre, son ya cuatro años desde ese infausto suceso, y creo que pasamos el peligro. Se dice que la reina Juana es católica y puede inclinar de nuevo la balanza hacia nosotros. Hasta su insignia, «Destinada a obedecer y servir», es un lema religioso.

La superiora saluda con una inclinación de cabeza a las monjas labriegas que escardan el huerto; ellas corresponden sin perder el ritmo de sus labores, pero en ningún momento parecen notar al varón que la acompaña.

—No comparto sus esperanzas; por el contrario, ante el destino de sus predecesoras, creo que es una fórmula de sumisión al rey. Pero volviendo al tema: a pesar de las donaciones, cada vez son más las hermanas que regresan a sus hogares o se vuelven seglares. Las pocas que quedamos estamos para custodiar el patrimonio de la abadía, y —señala a las hermanas que labran— procuramos ser autosuficientes, con la esperanza de que el rey y su Parlamento nos respeten. En atención a que usted siempre ha sido un fiel devoto y nuestro benefactor, tal vez podríamos hacer una excepción y aceptar a su sobrina, pero deberá estar consciente del riesgo que ello implica. Sin embargo, deberá confesarme cuál es la causa de que insista en esta petición.

—¿Cree usted que es algo malo?

—Por lo general, cuando la familia es la interesada puede ser por dos motivos: como castigo por una acción indebida, o por la falsa idea de preservarlas del mal.

—Se lo diré sin más rodeos: ella quiere dedicarse a mi oficio.

—Señor Albert, sinceramente, no hay nada malo en que un hijo quiera imitar el modelo del padre.

Aunque la madre Thérèse es una mujer mayor de cincuenta años, su paso es ágil y a Albert le cuesta trabajo mantener su ritmo.

—¡En este caso sí, madre! Mi error fue darle la mejor educación que estuvo a mi alcance. No soy rico, pero tengo un ingreso regular. Viví solo hasta que ella llegó, y para mí fue maravilloso ver a una niña de siete años que leía latín, hablaba francés y tenía nociones del trivio y el cuadrivio. Yo solo continué lo empezado con maestros particulares, pensando que, con las relaciones de mi maestro, podría colocarla al servicio de la casa real y darle acceso a un matrimonio por arriba de su dote. Pero como algunas veces escuchó mis conversaciones con el patrón, seguramente tomó la idea de que todas las cortes eran licenciosas y no quiso ni oír hablar de formar parte de ella.

La madre Thérèse traspone el arco guarnecido por un gran portón que divide la granja comunal. Son saludados por cacareos de gallinas empollando sus huevos, y otras aves, como gansos y patos, a las que una religiosa alimenta a la orilla de un pequeño estanque. La monja toma un polluelo que se ha quedado rezagado y acaricia su plumón mientras comenta:

—Es muy bueno saber latín para poder leer la Biblia, y a san Agustín y a todos los Padres de la Iglesia, pero no le habrá permitido leer a Lutero, ¿verdad?, ese hombre puede ser el origen de su rebeldía.

—Por favor, madre, mi patrón Holbein será ecléctico en su biblioteca, pero Leni es muy devota. En cuanto al carácter, siempre ha sido muy dócil. Desde los doce años, desempeñó el papel de gobernanta en mi casa sin una sola queja de mi

parte; mis servidores la adoran, era un gusto llegar y ver todo en armonía.

—¿Cuándo empezó a cambiar? ¿A partir de sus primeras flores menstruales?

La superiora habla con un tono tan natural que Albert no duda en responder.

—No, madre, ahora que lo pienso el problema se inició cuando empecé a llevar a casa libros y grabados sobre pintura. Con frecuencia la encontraba absorta leyendo un libro de Leonardo da Vinci, *Trattato della pittura*. ¡Tonto de mí!, al notar su interés le enseñé técnicas de pintura muy elementales. Un día que estaba completando el cuadro de un mercader alemán, ante mi sorpresa me señaló detalles de los pliegues de la vestidura y los reflejos de un florero, y sus observaciones me parecieron muy agudas. Al descubrir que poseía lo que llamamos «ojo», la dejé que me ayudara con regularidad. Al cumplir quince años, lejos de interesarse en asuntos femeninos, insistía en permanecer en mi taller, así que le prohibí la entrada.

—Perdone, pero nos estamos apartando de lo importante, ¿qué motivo lo orilló a hacerme esta petición?

En esos momentos, cruzan la verja que separa el huerto del jardín. La monja jardinera y una ayudante cortan rosas y lirios para el altar mayor; una fragancia deliciosa inunda el lugar, y las flores lucen sus colores nítidos al radiante sol. La madre superiora se sienta en una banca de piedra e indica a Albert que tome asiento a su lado. Él lo hace emitiendo un suspiro y habla en susurros, sintiéndose como una serpiente que contamina ese sitio paradisíaco.

—Se lo diré solo a usted, pero, por favor, nunca lo repita: ayer el maestro llevó un cuadro que le llamó la atención; se notaba que el autor ya tiene cierto dominio de la técnica. Fue ella quien lo pintó y, de manera furtiva, lo introdujo entre los trabajos que periódicamente envió al maestro como muestra de lo que se hace en el taller. Y peor aún, ¡se disfrazó para entrar en la escuela y en mis narices obtener clases, telas y pintura!

—Así que ha progresado por ese camino.

—No solo eso: se pintó a sí misma. ¿Qué mujer en sus cabales se pintaría desnuda ante un espejo? Si alguien la hubiera reconocido, habría quedado marcada con el baldón de la infamia, pensando, como yo erróneamente lo hice, que la había pintado su amante.

—De manera que usted está seguro de que no ha abjurado de la fe católica ni tiene una relación clandestina, lo que sería un impedimento formal para ingresarla en nuestro convento.

—No deseo ejercer abuso de autoridad; aunque, según la ley, puedo imponerle esposo, me prometí no hacerlo, solo que imagínese, ¡una mujer pretendiendo ser pintora!

—Bueno, me parece que usted considera que dicha pretensión es una falta más grave que el hecho de que lo haya engañado. ¿De verdad vuestro oficio es tan malo?

—Madre, ¿por qué cree que no hay mujeres pintoras? Se requiere talento innato, vista de águila, mano firme y disciplina de hierro, además de estar dispuesto a sacrificar la vida por eso, lo cual va contra la naturaleza femenina, que es débil y voluble. ¡Si ya para un hombre la profesión es harto difícil! Míreme a mí: no soy artista, solo un artífice y, gracias a la confianza del maestro, puedo vivir decorosamente, pero aquellos que no cuentan con un protector pueden volverse locos de frustración. ¡No quiero eso para Eleanor!

—*Monsieur* Albert —la voz de la priora se percibe levemente amonestadora—, la consagración a aquello en lo que se cree no solo está en la naturaleza del hombre —con un ademán señala alrededor—. En este convento subsistimos un puñado de mujeres que estamos dispuestas a morir por Cristo, y esa disposición nos llena de alegría.

Con un rápido movimiento, Albert se levanta de la banca y se inclina profundamente ante la madre superiora mientras las monjas jardineras pasan a su lado con el cesto lleno de flores.

—Madre, no pretendía ofenderla, comprenda que mi congoja me impide expresarme debidamente.

La madre Thérèse, quien tiene sus propias ideas acerca de géneros y sacrilegios, se levanta también dándose por satisfecha.

—Bien, si usted acepta el concepto, yo aceptaré a su sobrina, pero con tres condiciones: debe ser examinada por el médico del priorato antes de ingresar para certificar su salud e integridad; usted no podrá verla ni comunicarse con ella hasta que yo lo indique; y tengo *carte blanche* para proceder como el Señor me lo dicte en pro de su bienestar físico y espiritual. Si no tiene otra cosa que decirme, podemos despedirnos aquí.

Albert cierra los ojos un momento, evidentemente aliviado.

—Muchas gracias, madre superiora. Por supuesto que acepto sus condiciones. Mi sobrina Eleanor siempre ha seguido una conducta intachable y creo que el vivir en medio del más puro espíritu cristiano es lo único que necesita para olvidar sus pretensiones.

—No más Eleanor. Para recordarle que deberá ser humilde y obediente, la llamaremos hermana Francesca de Marie.

En señal de agradecimiento, él se inclina a besar el anillo que ella porta como desposada de Cristo.